

NEW LEFT REVIEW 118

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2019

ARTÍCULOS

DANIEL FINN	Contracorrientes	7
SIMON HAMMOND	K-punk ampliado	43
KELLY ASKEW Y RIE ODGAARD	Las dos caras de la titulación	76
FRANCO MORRETTI Y OLEG SOBCHUK	Oculto a plena vista	97
WOLFGANG STREECK	Regresión progresiva	131

CRÍTICA

KHEYA BAG	Banderas rojas en el bosque	157
ANDERS STEPHANSON	¿Potencia hegemónica neoimpresionista	167

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CRÍTICA

Alpa Shah, *Nightmarch: Among India's Revolutionary Guerrillas*, Londres, Hurst & Company, 2018, 320 pp.

KHEYA BAG

BANDERAS ROJAS EN EL BOSQUE

En 2010, en el apogeo de la operación de contrainsurgencia del gobierno del Partido del Congreso contra los maoístas, Alpa Shah se embarcó en una caminata de siete noches con un pelotón de la guerrilla naxalita, disfrazada como uno de sus hombres. Resguardados por la oscuridad recorrieron doscientos cincuenta kilómetros desde las tierras altas de Bihar a los bosques de Jharkhand, abriéndose camino a través de rocosos desfiladeros, vadeando ríos y cruzando zonas enemigas bajo el cielo estrellado. Partiendo de años de trabajo etnográfico en los pueblos tribales de Jharkhand, *Nightmarch*, el libro de Shah, combina un relato de ese peligroso viaje con reflexiones sobre el enigma del maoísmo indio: ¿cómo se las ha arreglado la lucha naxalita para mantenerse y renovarse a pesar de tener una enorme desventaja frente a la superioridad de las fuerzas de seguridad? Y a su vez, ¿cómo consiguieron los naxalitas implantarse entre los *adivasi* de los bosques, un pueblo indígena conocido por su desconfianza hacia los extranjeros? Mientras Shah se esfuerza por seguir los pasos del joven *adivasi* que tiene delante, su inacabable marcha se convierte en una metáfora sobre la persistencia de una de las luchas armadas más largas del mundo, mientras el propio maoísmo parece un síntoma de la sociedad india.

Nightmarch es una obra literaria de no ficción. Es vívidamente evocadora, teje descripciones del viaje con cinco retratos de personajes, en alguna medida arquetipos, que contribuyen a iluminar el reflexivo y matizado análisis de Shah sobre el contexto social y cultural del levantamiento: Somwari,

la mujer *adivasi* de carácter independiente que comparte con Shah su casa de adobe, es un elemento fundamental. Gyanji, un «revolucionario profesional» de ojos tristes y pies suaves, es el líder moral e intelectual del grupo maoísta con el que está Shah y con quien mantiene un incesante debate crítico. Prashant, un joven guerrillero hacia el que se siente especialmente atraída, a los diez años había abandonado a su familia, dedicada al pastoreo de vacas, para unirse a un grupo cultural maoísta donde aprendió a leer y escribir. Cuando Shah llegó enferma a su cita inicial con la guerrilla, Prashant estaba preparado con una solución de sal y azúcar para rehidratarla, uno de los muchos ejemplos de los pequeños detalles de los maoístas para con ella. En marcado contraste, el fanfarrón de Vikas aparentemente se está haciendo rico con los «impuestos» que la guerrilla obtiene de las empresas que operan en la zona. El gentil Kholi, tiene 16 años, su padre es propietario de un salón de té y se unió a los maoístas después de una riña con sus padres; parte de la tensión narrativa y ética de *Nightmarch* se encuentra en la incertidumbre sobre el camino que seguirá Kholi: ¿el de Vikas o el de Prashant?

La base del relato de Shah sobre los maoístas la proporciona su anterior estudio sobre las comunidades *adivasi*. Nacida en Kenia y educada en Gran Bretaña, después de graduarse en Cambridge comenzó a trabajar en programas para combatir la pobreza y de ayuda internacional. Llegó a la región por primera vez en 1999, instalándose en un pueblo *adivasi* formado por un centenar de chozas de adobe, para emprender un estudio al estilo de Malinowski de observador-participante sobre cómo desaparecía el dinero de las ayudas entre las manos de diversos intermediarios, un trabajo de campo que le sirvió para su doctorado en la London School of Economics donde actualmente da clases. Aprendió dos de los dialectos locales *adivasi* y, como india de la diáspora, pudo integrarse más o menos en la comunidad como un miembro local de la misma. Esa investigación dio origen a su primer libro, *In the Shadows of the State* (2010), que aborda los intereses de clase y la política de los derechos y desarrollo de los pueblos indígenas. En aquél momento los naxalitas estaban empezando a crear conexiones en la zona, no a través de trabajadores pobres, sino exigiendo dinero en concepto de protección a los empresarios locales que competían por proyectos estatales. De ello, sacó la conclusión de que los maoístas eran simplemente otros extorsionadores.

Pero las dudas de Shah aumentaron con la escalada represiva del Partido del Congreso. En 2006, Manmohan Singh declaró a los maoístas una amenaza terrorista que desalentaba la inversión internacional en las ricas zonas en recursos de los bosques y envió cien mil soldados respaldados por helicópteros y fuerzas especiales para eliminarlos. Sin embargo, la presencia de los naxalitas entre las comunidades *adivasi* continuó creciendo. ¿Por qué se estaban uniendo los habitantes de los pueblos a los maoístas? *Nightmarch*,

su cuidada segunda obra, surgió en una nueva temporada de trabajo de campo en Jharkhand, donde vivió dieciocho meses entre 2008 y 2010 en una región que ella denomina Lalgaoon y que resultó ser la «capital roja» de los maoístas. La región, una planicie densamente cubierta de bosques formada por la lava de la meseta del Decán, con una población de 40.000 *adivasi* repartida en unos treinta pueblos, estaba limitada por grandes ríos al norte y al sur y recorrida por muchas corrientes y riachuelos más pequeños; durante los monzones quedaba completamente separada de las llanuras. Tanto social como geográficamente, era el territorio ideal para la guerrilla. Los habitantes *adivasi* del bosque vivían principalmente de la agricultura de subsistencia; algunos todavía eran cazadores-recolectores.

Nightmarch esboza los contornos históricos de la región. El *raj* británico había importado comerciantes hindúes y musulmanes de las planicies para gestionar la extracción de productos del bosque (madera de teca y ébano, pieles de tigre), dejando detrás un legado de relaciones coloniales de asentamiento internas. Los *adivasi* se habían levantado en protesta contra esta explotación y la famosa sublevación Santhal de 1855 fue brutalmente aplastada. Respaldados por misioneros, finalmente obtuvieron del *raj* cierta protección legal para sus tierras, que quedó consagrada en el Quinto y Sexto Anexo de la Constitución india de 1949. Las tierras protegidas quedaron como propiedades colectivas, su venta necesitaba el acuerdo del 80 por 100 de los habitantes locales, y no podía ser transferida a gentes ajenas a los *adivasi*. Pero la región es rica en recursos minerales –carbón, mineral de hierro, bauxita, cobre, manganeso– y estas protecciones legales las soslayaban frecuentemente compañías mineras globales con el apoyo del Estado. Con la excusa de reducir la pobreza mediante el desarrollo, a menudo han desplazado a los habitantes originales de las tierras y traído mano de obra migrante de otros estados.

En el relato de Shah, los *adivasi* reaccionaron trasladándose todavía más al interior de los bosques para conservar su forma de vida. En cierta medida, Shah está siguiendo los pasos de antropólogos como Pierre Clastres en el Amazonas y James C. Scott en las tierras altas del sudeste de Asia, al percibir un mayor grado de igualitarismo y sentido colectivo entre la «gente de la jungla» del que se puede encontrar en las densamente pobladas planicies de la India con sus divisiones de castas: «Cuanto más te adentras en los bosques, menor es la influencia de la interdependencia y de la jerarquía que existe entre los grupos que marcan la sociedad de castas en la planicie y mayor la autonomía que tiene la gente sobre sus propias vidas». Las comunidades *adivasi*, que habían luchado para mantener a raya a las castas superiores, podían vivir de la tierra. Esto no significaba la autarquía, ya que el desarrollo capitalista llevaba mucho tiempo haciendo incursiones; los *adivasi* marcharían a trabajar a los hornos de ladrillos como mano de obra

migrante o recogerían hojas de *kendu* en el bosque para los cigarrillos liados manualmente y se las venderían a los comerciantes. Pero Shah proporciona muchos ejemplos de relaciones cooperativas e igualitarias. El trabajo colectivo –colaborar para construir una casa o recoger una cosecha– era parte del modo de vida *adivasi*, y se recompensaba con fiestas comunales en las que había arroz y sopa de espinacas, cerveza de arroz de producción artesana, tambores y baile. Shah acentúa que el igualitarismo incluía a las relaciones de género: los hombres tomaban parte en el lavado de la ropa y la preparación de las comidas; las mujeres bebían y bailaban. El día del mercado semanal, «eran las mujeres las que normalmente iban a vender las mercancías que producían en sus hogares, las que disfrutaban de la cerveza de arroz en el *haat* con sus amigos y amigas, y las que llegaban a casa bastante alegres para reunirse con los maridos que se habían quedado preparando la comida». A diferencia de las costumbres maritales de las llanuras, mujeres como Somwari, la amiga de Shah, elegían a sus maridos y tomaban la iniciativa para cambiar de pareja si las cosas no funcionaban.

¿Cómo penetraron los naxalitas en estas comunidades? El estudio de Shah señala diferentes modalidades de poder, con diversas clases de consentimiento y corrupción, que por lo general predominaban sobre la coacción. Según el padre de Kohli, el propietario del salón de té, la razón estaba en «los pequeños detalles»: una actitud de respeto hacia los habitantes locales, el quitarse los zapatos antes de entrar en las casas de la gente, sentarse en el suelo como hacía la gente del pueblo, prestar atención. También había otros factores: los grupos culturales maoístas recorrían los pueblos con canciones, tambores y discursos consiguiendo mucha audiencia entre los jóvenes. Con el dinero obtenido de empresarios y contratistas hacían funcionar centros de salud gratuitos a los que acudían cientos de personas de los distritos próximos, organizaban grandes campeonatos de fútbol y emprendían constantes proyectos culturales, como crear una escritura para el lenguaje gondi. Los grupos guerrilleros señalaban a los «opresores» locales, volando un albergue del Servicio Forestal y recaudando impuestos por las hojas de *kendu* y otros productos del bosque. En vez de saquear, los pelotones que estaban de marcha pedían solo un plato de arroz de cada uno de los hogares del pueblo. Al mismo tiempo, los «frentes de masas» maoístas organizaban manifestaciones políticas y cortes de carreteras, pidiendo la ampliación del sistema de asistencia social de la *National Rural Employment Guarantee Act*, protestando contra los desplazamientos o quemando efigies de los ministros del Partido del Congreso. Según el padre de uno de los guerrilleros, pocos habitantes del pueblo conocían la existencia de los ministros antes de la llegada de los maoístas: «Los naxalitas nos hicieron ver lo que el Estado nos debe; de hecho, nos hicieron ver lo que se supone que debería ser el Estado».

Aunque sus raíces políticas pueden rastrearse hasta las escisiones que se produjeron en el Partido Comunista Indio con motivo de la guerra chino-india de 1962, el maoísmo indio irrumpió en el escenario con el levantamiento campesino de 1967 en Naxalbari, un pueblo de Bengala Occidental, que fue jaleado por Radio Pekín como un trueno de primavera sobre India. En la década de 1970, estudiantes «naxalitas» radicalizados, a menudo de familias de castas altas, marcharon a los pueblos para ayudar a combatir la opresión de los terratenientes. En la década de 1980 la lucha se extendió a las «ardientes llanuras» de Bihar, cuando los cuadros maoístas intentaron movilizar a los trabajadores *dalit* sin tierras. Las represalias de los terratenientes fueron salvajes, la orden fue de «cortarlos en trocitos» en espectaculares decapitaciones. Buscando un terreno más favorable para la lucha de guerrillas, los naxalitas empezaron a retirarse hacia el país de los *adivasi*: las colinas y bosques de la India central y oriental, hacia Jharkhand, Chhattisgarh y los estados circundantes. En 2004, tres grupos maoístas se unieron para formar el PCI (maoísta). Shah ofrece una fascinante descripción de las jerárquicas estructuras de los comités creadas por «el Partido» por toda esta agreste región: politburó, comité central, comité de estado, regional, zonal y organismos de área. *Nightmarch* comienza cuando Shah asiste a un congreso maoísta que se celebra cada cinco años, oculto en las profundidades de Bihar donde una festiva ciudad de tiendas de campaña se materializa en la ladera de una colina, con banderas rojas ondeando e iconos engalanados con caléndulas. (Desde aquí es desde donde Shah comenzará la larga caminata de vuelta a Jharkhand).

Pero la llegada de los naxalitas a las regiones de los *adivasi* también trajo nuevas tensiones y contradicciones. En primer lugar, los habitantes de los pueblos a menudo soportaron la peor parte de las operaciones de contrainsurgencia, aunque la ira que producían también fuera un poderoso mecanismo de los maoístas para reclutar seguidores. En segundo lugar, debemos considerar la ambigua naturaleza de lo que Shah anteriormente había denominado su «extorsión». Aquí nos ofrece un detallado análisis de la apariencia y realidad de la «corrupción»: las maneras en que los bienes públicos se canalizan hacia ganancias privadas, pero igualmente también como se redistribuye la ganancia privada. Prohibido por su consideración de grupo terrorista, sin controlar comercio de drogas alguno y carente de financiación externa, los naxalitas tenían tres fuentes principales de ingresos: las empresas a gran escala, como las mineras; la economía ilegal de productos del bosque, y la economía sumergida alrededor de proyectos estatales de desarrollo de infraestructuras. La relación de los maoístas con las compañías mineras es un buen ejemplo: sin oponerse por principio al desarrollo, exigen un «impuesto» a los gestores a cambio de no interferir con sus operaciones. Uno de los grandes logros de *Nightmarch* es que el macronivel

de la economía y la política india no se pierde de vista. En una geografía caracterizada por un desarrollo desigual y combinado –profundizado por la competencia neoliberal y la fragmentación de las provincias– el mineral de hierro extraído en Chhattisgarh se canaliza como lodos para ser pelletizado en Andhra Pradesh para después ser convertido en acero en Gujarat. Con la protección maoísta, las tuberías no sufren daños.

Para Gyanji, el intelectual, los camaradas solo estaban recaudando un dinero que en cualquier caso era ilícito, «que ya circulaba gracias a los grupos de extorsión o se acumulaba explotando el trabajo de los pobres». Sin embargo, el proceso imbricaba a los jóvenes reclutas *adivasi* en las corruptas relaciones con las que los maoístas juraban querer acabar, ofreciendo una peculiar forma de movilidad social. Jóvenes fogosos como Vikas podían verse atraídos por el estilo de vida y las aspiraciones de los contratistas, cuyos «impuestos» recaudaban: todoterrenos, teléfonos inteligentes, porno suave. Gyanji inquietaba a Shah hablando de la creación de «monstruos de Frankenstein». El siguiente paso para los renegados era a menudo entrar en la política, la manera más rápida de acumular poder y estatus mientras se llenan los bolsillos. Shah encuentra a un joven de Oraon que planea empezar de nuevo su vida, después de una condena en prisión por naxalita, uniéndose a un político local «con la esperanza de que un día pueda conseguir suficiente apoyo como para conseguir un puesto para sí mismo». Una contradicción más –que Shah no señala– es que el control territorial, vital para los flujos de ingresos de los maoístas, también puede conducir a un feroz sectarismo contra otras fuerzas de la izquierda.

Shah realiza una incisiva crítica de la dogmática insistencia maoísta de considerar a India como una sociedad semifeudal, uno de sus puntos de divergencia con Gyanji. La consecuencia es que los naxalitas no pueden analizar las relaciones capitalistas a las que son atraídos los *adivasi*, ya sea en los hornos de ladrillos del río Hooghly o por los «impuestos» parasitarios extraídos de las multinacionales mineras. Ello también significa que consideran a la cultura *adivasi* como retrasada, destinada a ser eliminada por el desarrollo histórico en vez de apreciar sus dimensiones igualitarias. *Nightmarch* es especialmente hábil al examinar las dimensiones de género de la *doxa* maoísta en su choque con la autonomía indígena. Como señala Shah, las representaciones internacionales no han tardado en señalar «el supuesto empoderamiento que la guerra de guerrillas ha producido en las vidas de las mujeres». (Con cierta guasa admite que la llamativa fotografía de la cubierta representando a mujeres *adivasi* armadas se realizó a instancias del Frente de Liberación de la Mujer, que quería ver a sus miembros posando con las armas de los hombres). En 1967, el primer rayo del «trueno de primavera» en Naxalbari fue una flecha disparada por una mujer indígena con un bebé atado a su espalda. Desde entonces, muchas mujeres han empuñado las

armas después de ataques paramilitares, cuando comunidades enteras necesitaban unirse. Pero en lo que se refiere al día a día, persisten las tradicionales divisiones del trabajo dentro del movimiento maoísta.

También hay un sesgo de género en los tipos de movilidad social ofrecido por los naxalitas a través de la recaudación de impuestos, una movilidad que a menudo va acompañada por «un nuevo conjunto de valores de las clases medias y de las castas superiores sobre la cuestión de la femineidad y la masculinidad», y que mostraba poco respeto por la independencia y autonomía de las mujeres *adivasi*. Las tensiones en Lalgaoon llegaron a un punto crítico por la cuestión del alcohol. Binita, una adolescente maoísta, enarboló el eslogan «Las mujeres dan un paso al frente para fortalecer la lucha contra el patriarcado: prohibir la elaboración de bebidas alcohólicas» y empezó a avergonzarse públicamente a cerveceros como Somwari rompiendo sus cazuelas de barro (lo que supuso el fin de las simpatías de Somwari por el movimiento). En su conclusión, Shah revela la suerte de sus personajes: Gyanji está en prisión expuesto a tortura; Prashant murió en una emboscada, recorriendo el mismo camino que Shah había tomado; Vikas se convirtió en mercenario, trabajando con las fuerzas de seguridad para acabar siendo ejecutado por los maoístas; Somwari se unió a una secta hindú. La escuela del pueblo donde Shah había dado clases fue ocupada por un fuerte contingente de las fuerzas de seguridad.

Desde 2007 ha habido un torrente de obras en inglés sobre los maoístas indios, gran parte de ellas analizadas en la detallada bibliografía de Shah (sobre sus comienzos, *In the Wake of Naxalbari*, 1980, de Sumanta Banerjee, publicada en Gran Bretaña como *India's Simmering Revolution*, sigue siendo un clásico). Shah diferencia un cierto número de géneros: estudios sobre seguridad, análisis políticos, reportajes (a menudo favorables), investigaciones etnográficas, novelas y bibliografía naxalita, entre esta última y por encima de todo las recopilaciones póstumas de la obra de la maoísta y feminista Anuradha Ghandy y de «Azad», nombre de guerra de Cherukuri Rajkumar. (Shah también señala el informe oficial de 2008 de la Comisión de Planificación sobre el resurgimiento del maoísmo, que exponía el contexto de privación y exclusión en el que vivían los *adivasi*, y proponía reformas como ampliar la devolución de pueblos y la democracia. Pero como dice Shah glosando a Mao, «el desarrollo bajo el cañón del fusil» resultó vencedor en manos de P. Chidambaram, en aquel momento ministro del Interior del Partido del Congreso, que había forjado su carrera como abogado de las empresas mineras).

Entre los análisis políticos, Shah destaca los trabajos de Anuradha Chenoy y Kemal Chenoy, Neera Chandhoke, Gautam Navlakha y Ajay Gudavarthy, gran parte de ellos amargamente críticos con el Estado indio y a menudo parcialmente publicados en el indomable semanario indio

Economic & Political Weekly. La narrativa más destacada es *The Burning Forest* (2016), de Nandini Sundar, que hace un seguimiento de la contrain-surgencia en el distrito de Bastar perteneciente al estado de Chhattisgarh. En 2010, cuando se intensificaba la Operación Caza Verde, los maoístas invitaron a periodistas y activistas a su base en Bastar, Arundhati Roy entre ellos. Después de los diez días de su visita, Roy publicó *Walking with the Comrades*, un relato poderosamente poético que atrajo una gran atención internacional. Más típica es la perspectiva tomada por Nirmalangshu Mukherji en *The Maoists in India: Tribals Under Siege* (2012): los *adivasi* están «atrapados entre dos ejércitos», las guerrillas naxalitas y las fuerzas de seguridad, como si ambas fuesen comparables.

Dentro de esta notable literatura, varios factores hacen que el libro de Shah sea especial. A diferencia de otras obras creativas de no ficción o del periodismo de investigación, *Nightmarch* se adentra en la historia, la política y la psicología. La caminata, como recurso narrativo, dramatiza las cuestiones conceptuales que están en juego, a las que Shah da vueltas en la cabeza mientras camina. Las tensiones narrativas y visuales transmiten procesos, relaciones y contradicciones sociales. Dentro del género de la investigación efectuada de primera mano, analiza tanto a los *adivasi* como a los naxalitas, proporcionando una compleja lectura con claroscuros de las multifacéticas relaciones existentes entre ambos dos. Por encima de todo, *Nightmarch* se diferencia del torrente de investigación etnográfica por su notable dimensión ético-política. Resulta difícil imaginar a cualquiera de los grandes antropólogos invocados anteriormente entrando en apasionados debates políticos con sus sujetos de estudio sobre política económica o la autonomía de las mujeres indígenas. El que Shah lo haga se debe, por encima de todo, a que considera a los grupos con los que está viviendo como seres sociales y políticos a los que trata en pie de igualdad. No realiza ni condenas ni cubre su relato de un velo romántico sino que ofrece un considerado análisis de las «experiencias, visiones y acciones» de la gente con la que se encuentra, presentando no solo lo que dicen, sino lo que hacen. El resultado es una poderosa síntesis cálida pero nunca acrítica, un destilado de su propia erudición y de las experiencias de sus sujetos, que introduce al lector en un mundo de vida.

Inevitablemente, el estudio de un escenario concreto tendrá su aporía. Con una perspectiva de los niveles micro y macro de la sociedad, *Nightmarch* omite en su mayor parte a la capa media de las políticas de partido en India. La relación de los naxalitas con las luchas de liberación etno-nacionales en las regiones *adivasi* no queda clara. Los maoístas que establecieron su bastión en Bastar habían apoyado inicialmente el movimiento a favor de separar a Telangana del megaestado de Andhra Pradesh. Igualmente, Chhattisgarh y Jharkhand fueron creados como «estados tribales» en 2000 por el gobierno del BJP (Partido Popular Indio). Ellos habían cooptado una

larga pero fracturada campaña a favor de una Jharkhand autónoma durante una votación en la zona como manera de debilitar a adversarios regionales en Bihar, para lo cual hicieron causa común con el Jharkhand Mukti Morcha (Frente de Liberación de Jharkhand, JMM). Durante gran parte de su existencia, Jharkhand ha sido un «estado fallido» con frecuentes rotaciones entre el BJP, el JMM y el gobierno presidencial. Fundado a principios de la década de 1970 a partir de varias organizaciones que hacían campaña por los derechos a la tierra y a los bosques, incluyendo a sindicalistas maoístas de las minas de carbón, la degeneración del JMM es materia para una película de cine negro. Como señalaba la propia Shah en su primer libro, la expansión maoísta en su pueblo descansaba en una red de individuos que se conocían entre ellos de las campañas del JMM. Una vez en el poder, el JMM fue relativamente solidario con la nueva oleada de rebeliones *adivasi*, pero se derrumbó ante la presión del Partido del Congreso y de una serie de escabrosos escándalos (asesinatos, colusión y corrupción). En los últimos cinco años se ha estabilizado el régimen del BJP en un panorama sociopolítico comunalizado donde diferentes grupos tribales se reparten los escaños a través de los partidos. Entretanto, «mientras su mundo se desgarrar», las sectas religiosas están haciendo avances en las anteriormente aisladas comunidades *adivasi* para llevar a estos «auténticos indios» al redil de la corriente hindú mayoritaria: el lugar donde acabó Somwari.

Un factor que diferencia al maoísmo indio de otros movimientos que han sobrevivido al fallecimiento de su modelo en China –el Nuevo Ejército Popular en Filipinas, el EPL en Colombia, facciones del Partido Comunista de Nepal– es que India es uno de los pocos países donde dos ramas de la familia comunista –la estalinista y la maoísta– han sido una significativa fuerza política. Como señalaba Achin Vanaik en la *NLR* 70, el carácter de la izquierda india responde al peculiar dualismo del país: las macroestructuras de la democracia parlamentaria burguesa coexisten con unas realidades sociopolíticas extremadamente violentas, especialmente en el medio rural; al mismo tiempo, las desigualdades del desarrollo capitalista sirven para fortalecer las duraderas jerarquías precapitalistas del sistema de castas. En este contexto, la política de la izquierda se polarizó entre los estalinistas, comprometidos hasta el final con el electoralismo liberal, y los maoístas, defensores armados de los más pobres y marginados. Sus caminos no han estado más alejados en ningún otro sitio que en el estado de Bengala Occidental. La rebelión de Naxalbari en 1967 marcó una línea divisoria: el PCM se quedó contemplando cómo el gobierno, del que eran socios de coalición, aplastaba un levantamiento encabezado por su propio frente campesino. A raíz de esta traición se fundó el PCI (marxista-leninista) que emprendió una estrategia de guerrilla maoísta. Finalmente fue un movimiento rural de masas el que derribó al PCM del poder en Bengala Occidental en 2011.

La árida meseta occidental del estado es parte del Cinturón Tribal de India, no lejos del escenario que presenta Shah en su libro, y era un foco de tensión en el mismo momento, cuando la corriente principal de la izquierda había cedido a los maoístas la lucha por acabar con la pobreza agraria. En Lalgarh, los maoístas compartían actos contra las expulsiones y la represión dirigida por el gobierno con el partido bengalí All India Trinamool Congress e incluso presentaron a uno de sus prisioneros políticos como candidato independiente en las elecciones del estado de 2011. La líder del TCM, Mamata Banerjee, actualmente jefa de gobierno de Bengala Occidental, había mostrado su solidaridad cuando estaba en la oposición, pero en cuestión de meses después de su toma de posesión, el principal dirigente del movimiento maoísta, Kishenji, había sido asesinado. Mientras concede algunos incentivos, el estado bengalí también ha establecido grupos locales de vigilantes y encarcelado a más dirigentes. En estos oscuros tiempos, cuando el gobierno de Modi intensifica sus declaraciones sobre «la amenaza terrorista maoísta», *Nightmarch* ofrece un importante recordatorio de lo que está en juego.